
LECTIO DIVINA

29º Domingo T. O. Año C. (Lc 18, 1-8)

Juan José Bartolomé, sdb



El Evangelio del Dom. XXIX, ciclo 'C' nos habla de una mujer que supo convencer al juez, doblando su corazón, con insistencia. Él hizo caso a su súplica para que no lo siguiera importunando.

Aunque parezca que Dios tarda en atender nuestras súplicas y esta tardanza nos angustie, no hay que desilusionarnos, sino por el contrario, seguir orando hasta que la oración cotidiana y perseverante nos llene de confianza, porque Él es nuestro Padre y sabe qué es lo que necesitamos.

Cuando Jesús nos dice que es preciso orar siempre sin desfallecer nos presenta como modelo a una pobre mujer; que ante lo que ella fue y logró cobre nuevo aliento nuestra oración, aunque tengamos que esperar el tiempo que Dios crea necesario para hacernos sentir su presencia en nuestras vidas. No nos es fácil rezar, porque hemos aprendido frases y fórmulas de memoria, que repetimos con frecuencia, pero nos cuesta entrar en una verdadera comunicación con Dios.

Creemos que enlistar nuestras necesidades y decírselas a Dios es ya orar. Jesús nos dijo que además de hacer esto, lo que cuenta es la actitud con la que se le dicen a Dios. Hay quienes creen inútil gastar su tiempo en hacer oración. Todos necesitamos entender que es orar y con qué actitudes hay que hacer la oración hoy como ayer.

SEGUIMIENTO:

- 1. En aquel tiempo, Jesús, les propuso esta parábola a sus discípulos para que oraran siempre y sin desanimarse:***
- 2. «Había un juez en una ciudad, que ni temía a Dios ni le importaban los hombres.***
- 3. En la misma ciudad había una viuda que solía ir a decirle: "Hazme justicia frente a mi adversario."***

4. *Por algún tiempo se negó, pero después se dijo: "Aunque ni temo a Dios ni me importan los hombres,*
5. *como esta viuda me está fastidiando, le haré justicia, no vaya a acabar pegándome en la cara."»*
6. *Y el Señor añadió: «Fíjense en lo que dice el juez injusto;*
7. *pues Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos que le gritan día y noche, o les dará largas?*
8. *Les digo que les hará justicia sin tardar. Pero, cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?»*

I. LEER: entender lo que dice el texto

Entramos en el capítulo 18 que nos recibe en sus primeros ocho versículos con la segunda catequesis de este ciclo sobre la oración. Este evangelio es básicamente, una parábola con su aplicación. Lucas la ha introducido con una precisa indicación: Jesús enseñaba a sus discípulos (Lc 18,1). Estamos ante un momento magisterial del Maestro. Lo que dice Jesús es una lección dirigida a 'sus íntimos'. Hay que tener en cuenta su intención. El hilo conductor de la enseñanza es la "justicia de Dios".

Se va repitiendo la expresión 'hacer justicia'. Dice una viuda al juez: "¡Hazme justicia!" (18,3). Reflexiona el juez: "Voy a hacer justicia" (18,5); pregunta Jesús:

"¿Dios no hará justicia?" (18,7). Responde él mismo: "Hará justicia pronto" (18,8^a)

Jesús cuenta la parábola del juez injusto – (Lc 18,2-5) – para enseñarles, no a rezar (que ya 'sabían', puesto que Él ya les había dicho que rezaran Lc 11,1-13), sino cómo rezar siempre, sin descorazonarse.

Lucas nos da la clave para interpretar esta parábola. Con todo, da una aplicación final que va más allá de una mera exhortación a la oración continua (Lc 18,6-7).

Aparecen dos elementos, en el comentario conclusivo que hizo el Maestro:

1º. Dios hace justicia a quien le ruega. Atender a sus elegidos es un acto de justicia divina.

2º. Cuando el orante persiste en su plegaria, además de una petición, hace un acto de fe.

Rezar mucho, rezar siempre, es creer en Dios que sabe escuchar a quien tiene fe en Él.

La parábola habla del juez y de la viuda; estamos ante un problema jurídico (18,2-3) (2) La renuencia del juez y su posterior cambio de decisión de hacer justicia ante la presión de la viuda (18,4-5).

Las últimas palabras aportan una nota de grave advertencia, tan seria como inesperada (Lc 18,8).

El Señor se pregunta – parece nos estar muy seguro, – ¿encontrará en la tierra fe el día de su retorno a la tierra?

En realidad, la respuesta afirmativa sólo la pueden dar los discípulos que rezan siempre, sin desanimarse. Cuando Jesús, se los preguntaba, ya sabía bien lo que pasaría, pero quiso advertir a los suyos.

Ya en dos ocasiones el Maestro habló en sus enseñanzas de un juez (En Lc 11,19; y en 12,14.58), pero ésta es la primera en la que este personaje aparece como protagonista. El juez de la parábola no tenía ética. No temía a Dios.

El otro personaje de la parábola es una viuda. Ésta es una de las cinco viudas que mencionan el evangelio de Lucas: (Ana, en 2,37; la viuda de Sarepta, en 4,25; Viuda de Naím, en 7,12; y la viuda que dio la más pobre donación en el Templo, en 21,2).

El libro de las Lamentaciones llega a comparar –en el exilio a Babilonia- a la arruinada ciudad de Jerusalén con una viuda (ver Lm 1,1).

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a nuestra vida

La semana pasada vimos la escena de los 10 leprosos, en la que solo uno de ellos ‘pidió y agradeció’. Jesús quiso enseñar a sus amigos que era necesario integrar en su corazón orante un doble movimiento, el de la sístole y el de la diástole, recibir y dar.

El ministerio de la intercesión también entraña dificultades. La lección del Maestro en este evangelio va más allá: **‘Rezar no debe ser una ocupación ocasional, sino un quehacer continuo y gozoso’.**

- **Rezamos, ¿Cómo lo hacemos? Rezar como Jesús quiere que lo hagamos no es fácil. ¡Cuántas veces decimos palabras pero sin la suficiente fe que nos haga hablar con Dios siempre y con la seguridad de ser escuchados por Él!**

La oración es un ejercicio de fe; éste es como la llama que necesita del aceite para arder. Jesús quiere que sus discípulos estén preparados para los momentos de crisis. Quiere sostener su esperanza; les dice que necesitan reforzar su confianza en Dios, descubriendo su manera de obrar característica, la cual ciertamente es –como se muestra mediante una clara contraposición- muy diferente a la del juez terreno de la parábola (18,2-5.6-7), dándoles motivos para no bajar la guardia en la oración ni renunciar a su fe.

Jesús quiso que sus discípulos supieran orar; que no se desanimaran rezando ni se dejaran dominar por el desencanto cuando no reciben de pronto lo que había pedido.

➤ **También nosotros podemos sentir cansancio en la oración, caer en el abatimiento, perdiendo el sentido de lo que es la oración porque no vemos que cambien las situaciones difíciles que nos agobian. Podemos caer en la apatía... ¡Para que rezar si Dios no me escucha!**

La realidad puede contradecir lo que la fe espera que suceda. Los mártires del Apocalipsis clamaban: “¿Hasta cuándo, Dueño santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia y sin tomar venganza por la sangre de los habitantes de la tierra?” (Ap 6,10).

En el Antiguo Testamento “temer a Dios” era temerle en cuanto juez; este hombre no parecía tomarse en serio el juicio de Dios, quien velaba por la equidad y castigaba a los malos jueces. A él no le importa nada el juicio al que podría ser sometido por su parcialidad hacia aquellos que están en condiciones de sobornarlo. Tampoco respeta a los hombres”, pero aunque era indigno de su cargo, él era el juez.

En las aldeas orientales, en los tiempos de Jesús, las personas más influyentes –generalmente gracias a su riqueza- gozaban de privilegios y el común de la gente no se atrevía a tocar nada que hiriera sus intereses; con su influencia ellos podían, incluso, hacer inclinar la balanza de la justicia a su favor.

➤ **Los cuestionamientos pueden venir a nuestra mente: ¿Por qué Dios no se manifiesta en medio de tanta maldad e Injusticia? ¿Por qué me va mal? ¿Cómo explicar que mis peticiones no tengan respuesta? ¿Será que verdaderamente le importo a Dios? ¿Valdrá la pena creer? ¿Para qué seguir orando?**

La parábola habla de una viuda. En el mundo bíblico, ella era una persona necesitada de ayuda: por el hecho de no gozar de la protección de su marido y por estar sola, también era vista como desamparada, sin quien la apoyara ni hablara a su favor; tenía adversarios y un juez, que sin religión ni conciencia, no le importaba el sufrimiento de nadie.

Lo que pide la mujer no es un capricho, sino justicia. Esta es su protesta repetida con firmeza ante el juez: ‘Hazme justicia’. Su petición es la de todos los oprimidos injustamente. Un grito que está en la línea de lo que decía Jesús a los suyos: «Buscad el reino de Dios y su justicia». Ella en un primer

momento fracasó en el esfuerzo por conseguir que el juez del pueblo le resolviera su caso: “¡Hazme justicia!”, porque el juez tenía preferencias por las personas pudientes y aceptaba sobornos. La mujer logró su propósito, porque fue persistente: El juez dijo: “Le voy a hacer justicia”.

Para una gran mayoría de la humanidad la vida es una interminable noche de espera. Las religiones predicán salvación. El cristianismo proclama la victoria del Amor de Dios encarnado en Jesús crucificado. Mientras tanto, millones de seres humanos solo experimentan la dureza de sus hermanos y el silencio de Dios. Y, muchas veces, los mismos creyentes ocultan el rostro de Dios Padre, velándolo con su egoísmo.

- **¿No será que no alcanzamos lo que le pedimos en la oración porque somos inconstantes al hacerla? ¿No será que dudamos de poder alcanzar lo que estamos pidiendo? ¿Qué nos enseña esta mujer, siendo aún débil y vulnerable?**

Si un juez injusto es capaz de hacer justicia, en contra de su costumbre, ¿cómo no atenderá el buen Dios a quien le ruega sin interrupción?, se pregunta Jesús, convencido como está de que Dios no dará largas a cuantos perseveraron en su plegaria. La viuda no se cansó de exigir justicia hasta verse escuchada, el juez tuvo que dársela.

- **¿Por qué nuestra oración no llena de aliento y encanto nuestra vida? ¿Qué nos falta – o mejor, qué nos está sobrando – para que nuestra oración se convierta en tiempo feliz y experiencia inmejorable?**

III. ORAMOS nuestra vida desde este texto



Dios y Padre nuestro:

Queremos tener más confianza en Ti.

Que con nuestra oración no busquemos la solución a nuestros problemas sino que, llenos de tu Espíritu, crezcamos en la seguridad de ser escuchados, por ti, Padre Bueno.

Tú siempre nos escuchas, que hablemos contigo

y no rompamos esa la comunicación para estar unidos a Ti,

y sepamos compartir esta confianza con las personas que tenemos cerca, porque queremos ser misioneros de oración,

para fortalecer la fe en nosotros y en nuestros ambientes. ¡Amén!